

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del sacrificio de Cristo

Hebreos 9

Eficacia de la sangre de Jesús

Hebreos 9:11-14 Segunda parte

Introducción:

El contraste ha sido uno de los métodos pedagógicos usados por el autor de la carta para llevar a sus lectores a comprender la superioridad del ministerio de Cristo, sobre todo el sistema religioso judaico, el cual cumplió un papel en la historia de la redención, pero este solo fue temporal, mientras llegaba el cumplimiento definitivo del pacto de redención, por medio del cual Dios da al pueblo del pacto seguridad eterna de perdón y reconciliación con él.

Repasemos los contrastes que hasta este momento hizo el autor:

Cap. 1:1-3 Dios habló antiguamente a través de los profetas, pero ahora nos ha hablado por medio del Hijo, el creador y heredero del mundo, él es quien completa la revelación.

Cap. 1:4-14 Los ángeles ministran delante de la presencia del Señor (a través de ellos se dio la Ley en el Sinaí), pero el Hijo, quien nos trae el Evangelio eterno de redención, es el Rey que gobierna majestuoso a la diestra del Padre, a quien sirven todos los ángeles del cielo con complaciente obediencia.

Cap. 2:1-4 Los israelitas que no atendieron obedientemente los mandatos de la Ley Mosaica dada a través de ángeles recibieron su justa retribución (castigo), pero los que no escuchan el mensaje del evangelio de Salvación proclamado por Cristo, recibirán una condenación peor.

Cap. 3:1-6 Moisés fue un siervo fiel en la casa de Dios, pero el Hijo es superior a Moisés porque él no solo es fiel en la casa de Dios, sino que fue él quien la hizo y por lo tanto es su dueño.

Cap 3:7-4:13 Josué dio cierto reposo al pueblo errante de Israel, conduciéndoles a la Canaán terrena, pero el reposo que nos ofrece Jesús a través de su obra de redención es mejor, por cuanto es eterno y nos permite descansar de nuestras obras, de nuestro pecado y culpa.

Cap. 4:14 – 7:28 Los sumo sacerdotes levíticos fueron constituidos por la Ley y eran pacientes para con los pecadores y extraviados y cumplieron un ministerio de intercesión entre Dios y el pueblo, a través del ritual religioso y los sacrificios de animales, pero el Sumo sacerdote del cristianismo fue constituido directamente por Dios, no según el orden levítico, sino según una línea superior y eterna, la de Melquisedec, a quien el sacerdocio levítico rindió pleitesía, reconociendo su superioridad, al darle los diezmos en los lomos de su padre Abraham.

Cap. 8:1-9:12 El antiguo pacto fue establecido por Dios y cumplió un papel en el desarrollo de la redención, ellos tuvieron un tabernáculo que representaba la presencia de Dios, y a través de sacrificios de animales se buscaba la expiación de los pecados, la cual era temporal y por lo tanto cada año se necesitaba renovar los sacrificios, pero el nuevo pacto es superior porque se encuentra establecido sobre mejores promesas porque estas son eternas. Veamos los contrastes que el autor ha presentado en los capítulos 8 y 9:

- El tabernáculo terreno donde oficiaban los sacerdotes levíticos era solo sombra o una débil copia, pero el tabernáculo donde oficia Cristo es el verdadero, el perfecto y el eterno santuario celestial.

- El antiguo pacto no pudo permanecer porque no consiguió que la gente obedeciera las leyes del santo Dios, pues, sus corazones continuaban endurecidos contra él; pero el nuevo pacto garantiza la transformación del corazón incrédulo (de piedra) en un corazón sensible y obediente (de carne), de manera que ahora el pueblo no quebrantará el pacto sino que obedecerá las leyes divinas con amor y santa disposición.

- El antiguo pacto no proveyó el camino de regreso a Dios, sino que por el contrario, el sitio de culto representado en el tabernáculo ofrecía insalvables obstáculos para que el pueblo se acercara a su creador. Los velos que separaban a los hombres del lugar santo y del

santísimo eran una señal de que los sacrificios celebrados en dicho lugar estaban marcados por la imperfección, toda vez que no limpiaban la conciencia del pecador y por lo tanto este no podía ser acepto ante el Santo Dios, pero el nuevo pacto provee, como nos dirá el autor ahora desde los versos 13 en adelante, un camino libre de obstáculos para que el creyente viva en la presencia de Dios, pues, Cristo no solo es un sacerdote superior, sino que él mismo se dio como ofrenda perfecta para expiar el pecado, de manera que consiguió lo que las ofrendas de animales nunca pudieron hacer: una redención eterna y una limpieza perfecta de la conciencia.

Analicemos los versos 13 y 14 donde el autor, yendo de lo menor a lo mayor, concluye de manera apoteósica que la sangre o el sacrificio de Cristo es infinitamente mayor que los sacrificios de animales ejecutados en el tabernáculo, pues, por medio de él, ahora los creyentes gozan de una perfecta limpieza de la conciencia.

v. 13 *Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos.* El autor obviamente está refiriéndose a los animales que eran sacrificados, especialmente en el día de la expiación, pero también a los sacrificios constantes que se ejecutaban en el tabernáculo y luego en el templo. Ya hemos visto una descripción resumida de estos sacrificios, por lo cual no dedicaremos más tiempo a ello. Pero considero muy interesante entrar en los detalles de *las cenizas de la becerro rociadas a los inmundos* ya que este ritual presenta un punto de apoyo muy fuerte y claro al argumento que viene desarrollando el autor, es decir, que estos sacrificios solo limpiaban o purificaban lo externo y no la conciencia del pecador.

El autor hace referencia, en esta declaración, al extraño ritual de la baca alazana mencionado en Números 19. Aunque no podemos ir a cada uno de los detalles de este ritual y de los elementos incorporados en él, observemos los hechos más importantes.

La Ley consideraba que si una persona, dentro del pueblo del pacto, había tocado a un cadáver o un sepulcro, entonces ceremonialmente era considerado inmundo durante siete días. No podía acercarse al tabernáculo ni tocar a otras personas. Pero podía salir del estado de inmundicia a los siete días si cumplía con el ritual de ser rociado con el agua de la purificación.

Esta agua de la purificación consistía en mezclar agua limpia con las cenizas de una vaca alazana que había sido quemada fuera del campamento. Dios le dijo a Moisés que, para tener un elemento de purificación diaria, le dijera a su hijo que escogiera una vaca alazana (rojiza o canela) perfecta, en la cual no haya falta y sobre la cual no se haya puesto yugo. Ésta debía ser sacada fuera del campamento y degollada. El sacerdote untaría su dedo con la sangre de la vaca para rociar la parte delantera del tabernáculo. Luego la vaca sería quemada íntegramente, con su piel y sus entrañas, absolutamente todo.

Mientras la vaca ardía bajo el fuego destructor el sacerdote incorporaba al sacrificio madera de cedro, hisopo¹, y un trozo de tela escarlata (carmesí), todo esto era quemado hasta que se convertía en cenizas. Luego estas eran recogidas por un hombre limpio (ceremonialmente) y eran guardadas en un lugar limpio fuera del campamento de Israel. Estas cenizas eran usadas luego para purificar a los contaminados ceremonialmente por tocar a un cadáver.

Era como una provisión diaria para las contaminaciones de la carne. Ahora, no es que estas purificaciones no servían para nada, pues, además de limpiar de la contaminación ceremonial, la persona era librada de la muerte, pues, la Ley establecía que si una persona contaminada no se purificaba entonces debía ser cortada, es decir, sobre ella se aplicaba la pena de muerte. De manera que ciertos beneficios se obtenían de estas purificaciones. Eran beneficios temporales y relacionados con la carne. Pero nunca lograban la purificación de la conciencia, la limpieza del corazón, sus pecados continuaban acusándoles, no gozaban de perfecta paz y reconciliación con Dios, y esto se deja ver en que, aunque eran purificados externamente por los rociamientos de sangre y agua, no obstante nunca podían ingresar al lugar santísimo.

La mayoría de israelitas no pudieron ver más allá del símbolo o del tipo, ellos se quedaron solo con el ceremonial de la sombra pero no miraron, por medio de la fe, la gran realidad a

¹ Mata muy olorosa de la familia de las Labiadas, con tallos leñosos de cuatro a cinco decímetros de altura, derechos y poblados de hojas lanceoladas, lineales, pequeñas, enteras, glandulosas y a veces con vello corto en las dos caras; flores azules o blanquecinas, en espiga terminal, y fruto de nuececillas casi lisas. Es planta muy común, que ha tenido alguna aplicación en medicina y perfumería. (Tomado de <http://www.deperu.com/diccionario/>) El hisopo era usado para esparcir el agua de la purificación.

la que ellos apuntaban. Solo unos pocos hombres y mujeres alcanzaron la limpieza de sus conciencias, no mediante la ceremonia externa, sino por medio de la fe en el sacrificio futuro del verdadero y único cordero de Dios.

El capítulo 11 de la carta a los Hebreos contiene un listado de estos hombres y mujeres que en el Antiguo Testamento pudieron disfrutar, hasta cierto grado, de la reconciliación con Dios, de aquello a lo cual apuntaban las ceremonias terrenas, ellos no pudieron ver el cumplimiento perfecto y murieron con la fe puesta en el Mesías que vendría. En ese sentido un joven creyente del Nuevo pacto tiene más altas ventajas que los santos del Antiguo Pacto, pues, ahora puede ver con claridad a aquel que era visto solo en sombras a través de los sacrificios y ritos ceremoniales antiguos.

Jesús condenó a los fariseos porque ellos solo se preocupaban de las limpiezas ceremoniales o externas, pero no buscaban la limpieza interior: *“Luego que hubo hablado, le rogó un fariseo que comiese con él; y entrando Jesús en la casa, se sentó a la mesa. El fariseo cuando lo vio, se extrañó que no se hubiese lavado antes de comer. Pero el Señor le dijo: Ahora, bien, vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad”* (Lucas 11:37-39).

v. 14. *¿Cuánto más la sangre de Cristo...?* Ahora, el argumento del autor de la carta va de menor a mayor, es decir, si la sangre de los sacrificios de animales y el agua mezclada con las cenizas de la vaca alazana servían para purificar, aunque fuera en un grado tan pequeño, las contaminaciones externas o de la carne, cuánto más la sangre de Cristo logrará una limpieza real, total y perfecta en el adorador creyente.

El autor presenta en este pasaje varias diferencias entre el sacrificio de Cristo y los que se ofrecían en el tabernáculo:

Se hizo voluntariamente *mediante el Espíritu Eterno*. Los animales no tenían espíritu ni volición, ellos no podían ofrecerse voluntariamente para ser sacrificados, pues, no tienen esta capacidad, en contraste, el sacrificio que garantiza las promesas del nuevo pacto fue hecho de manera voluntaria, pues, Jesús no solo es tomado por judíos y romanos para ser crucificado, sino que él, desde la eternidad, cuando aún no se había encarnado, pudiéramos decir, en estado espiritual, se ofreció voluntariamente al Padre para morir en lugar del

pueblo que él quería salvar, en lo que teológicamente llamamos el pacto eterno de redención o el pacto de gracia.

En las Sagradas Escrituras se menciona a Cristo en los días de su carne (Ro. 1:3), y también se habla de su ser interior o espiritualidad (Ro. 1:4; 1 Pe. 3:18), de manera que cuando el autor dice que él se ofreció mediante el espíritu eterno, es probable que se refiera a que, desde la eternidad, antes de la encarnación, él se había comprometido con el Padre, en un acto de puro amor, tomar las características humanas para su vida por su pueblo. Como dice Jamieson “Pero él desde la eternidad, con su *divino y eterno espíritu*, convino con la voluntad de su Padre tocante a la redención. Su ofrenda empezó sobre el altar de la cruz, y se consumó con su entrada con su sangre al lugar santísimo. La “eternidad” y la infinidad de su divino Espíritu (7:16) dan *mérito eterno* (“eterna redención”, 9:12, compárese 9:15) e infinito a su ofrenda, de modo que ni la infinita justicia de Dios tuvo objeción alguna en su contra. Fue “por su ardiente amor, que manaba de su eterno Espíritu, que se ofreció a sí mismo”².

Sin mancha a Dios. Los animales que se sacrificaban en el ritual antiguo debían ser sin defecto ni tacha, es decir, sin mancha externa, pero el sacrificio del nuevo pacto no solo es sin mancha externa sino que su ser interior es totalmente puro delante de Dios. Jesús no conoció pecado aunque se hizo hombre con todas las limitaciones humanas, incluso fue tentado en todo, pero nunca pecó (Heb. 4:15). Solo él fue inmaculado. Por lo tanto, el valor de este sacrificio es infinitamente superior, pues, no solo se hace voluntariamente desde la eternidad sino que es realizado por alguien totalmente puro. Aquí vemos lo sorprendente del amor divino, pues, no era su obligación salvar a nadie, no obstante decide hacerlo, y no de una manera fácil, sino cumpliendo con las santas demandas de su justicia, la cual requería la muerte y condenación eterna del pecador. Jesús en la cruz no solo sufrió una muerte cruenta por el dolor de los clavos y la corona de espinas, sino por el tormento que se añadiría a su dolor físico, al recibir en su ser completo, en un momento, el rechazo eterno de Dios hacia el pecador, su odio y desprecio hacia el pecado, todo esto era cargado sobre

² Jamieson, Roberto. Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Tomo II. El Nuevo Testamento. Página 698

el bondadoso redentor, quien sin conocer pecado, literalmente se hizo pecado por nosotros (2 Cor. 5:21).

Limpiaré vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo. La condición del ser humano es de imperfección y alejamiento de Dios. Sus mejores obras son *muertas* porque “no proceden de una fe viva en Dios ni del amor de Dios. Así como el contacto con un cuerpo muerto contaminaba ceremonialmente (9:13), así las obras muertas contaminan la íntima conciencia espiritualmente”³. Por lo tanto, todo el obrar humano es pecaminoso, de manera que su conciencia, su corazón, su ser interior carga con el peso de la culpa de haber ofendido constantemente al santo Dios. Los sacrificios del antiguo pacto no podían quitar esta culpa, limpiaban externamente pero dejaban al pecador con la conciencia de pecado.

El sacrificio de Cristo en la cruz es mayor porque purifica nuestro ser interior, nuestro corazón. Y es que la verdadera adoración, el verdadero camino de regreso a Dios no consiste en ritos o limpiezas externas, sino que empieza con la limpieza del corazón, porque de él mana la vida (Prov. 4:23). El corazón es la fuente del pecado y por lo tanto, si se trata de buscar la solución para el mayor problema humano, entonces el remedio debe empezar por curar el corazón. Los judíos enfatizaban lo externo, pero Jesús les reprendió porque estaban mal enfocados. Ellos parecían ser creyentes rigurosos en la santificación, pero su santidad se enfocaba principalmente en elementos externos, como los lavamientos. (Leer Marcos 7:1-23). No solo los fariseos cayeron en este error legalista, sino que el pueblo de Israel lo había practicado antes y muchos grupos cristianos legalistas han caído en dicho error una y otra vez. Para ellos lo más importante es lo externo: no tomar vino, no ir al cine, no usar maquillaje, no usar pantalones, no, no, no. Pero son mandamientos humanos impuestos como una carga pesada a los hombres, las cuales no contribuyen en nada para la verdadera santificación, pues, el problema no está en lo externo, sino en el corazón. Jesús dijo: *“Porque de dentro, del corazón, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la*

³ Jamieson, Roberto. Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Tomo II. El Nuevo Testamento. Página 698

lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Mr. 7:21-22).

Por eso el apóstol Pablo exhorta a la iglesia de Colosas para que no se centren en una santificación externa, la cual de nada sirve para combatir contra los apetitos de la carne: *“Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿porqué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne.” (Col. 2:20-23).*

El sacrificio del día de la expiación solo purificaba temporalmente, pues, cada año se debía repetir, pero la obra de Cristo en la cruz garantiza la limpieza y el perdón de todos los pecados pasados, presentes y futuros del creyente, de no ser así, entonces necesitaríamos que cada año se renovara o repitiera el sacrificio del calvario.

Para que sirváis al Dios vivo. En el antiguo testamento solo los levitas podían servir en el culto a Dios, el resto de la población eran espectadores. Ahora, gracias al sacrificio de Cristo en la cruz, todos los miembros del pueblo del pacto podemos rendir servicio espiritual a Dios de manera directa, sin necesidad de la mediación de un sacerdote terreno, pues, ahora todos somos sacerdotes que tenemos acceso al lugar santísimo porque allá dentro está el Sumo sacerdote que intercede por nosotros, de manera que al entrar en la presencia de Dios no somos consumidos por su terrible santidad, sino que somos cobijados por el manto de justicia que nos es imputado por la obra de Cristo.

Ahora no andamos en obras de muerte sino en obras vivas y santas que glorifican al Dios vivo. Como dice William Barclay “El sacrificio de Jesús hizo más que pagar una deuda; ganó la victoria sobre el pecado. Lo que hizo Jesús pone al hombre en la debida relación con Dios; y lo que Jesús hace le permite al hombre seguir en la debida relación con Dios. La Obra de la Cruz trae a los hombres el amor de Dios de tal manera que los libra del terror

que Le tenían antes, la presencia del Cristo vivo les trae el poder de Dios que les permite ganarle la batalla al pecado diariamente y en todas las situaciones”⁴.

Así como el israelita ceremonialmente inmundo no podía servir a Dios, porque entonces se hacía reo de muerte, de la misma manera el hombre no regenerado no puede rendir un culto verdadero a Dios. Cualquier acto de adoración sería despreciable y rechazado por el santo creador, pues, el hombre pecador solo podría rendir ante el Señor obras muertas, ofrendas muertas, sacrificios muertos. Dios no aceptó que le ofrecieran animales muertos o enfermos, sino vivos, los cuales eran degollados en su presencia (Mal. 1:8). Solo el creyente, el regenerado, el que ha sido limpiado por la eficacia de la sangre de Cristo, tiene un corazón nuevo y por lo tanto nuevas y buenas intenciones, rindiendo una adoración verdadera a la Divinidad.

“El Dios viviente demanda obra viviente de nuestra parte y, como se muestra claramente en Ef. 2:8-10, si bien *no* hemos sido salvos ni podemos serlo *por* obras nuestras; *si* somos salvos “*para buenas obras*, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas””⁵

Aplicaciones:

- “En nuestro peregrinaje contraemos continuamente contaminación por nuestro contacto con los espiritualmente muertos y con las obras muertas, y necesitamos, por tanto, la continua aplicación de la anti-típica sangre vivificadora y purificadora de Cristo, la que nos restaura de nuevo a la paz y a la viva comunión con Dios en el lugar celestial”⁶. El israelita podía acudir en cualquier época del año a las cenizas de la vaca alazana para ser purificado externamente, pero siendo esta vaca un símbolo de Cristo, quien sufrió el fuego de la ira de Dios fuera del campamento, hablaba anticipadamente del consuelo que tendría el creyente en el nuevo pacto, pues, siendo justificados por la obra de Cristo, pero permaneciendo aún

⁴ Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Página 906.

⁵ Morris, Carlos. Comentario Bíblico del Continente Nuevo. Hebreos. Página 60

⁶ Jamieson, Roberto. Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Tomo II. El Nuevo Testamento. Página 698

en el desierto de este mundo, todavía los pecados nos asedian, y en las relaciones diarias que tenemos con este mundo nos vemos afectados de una u otra manera por las obras muertas de los muertos espiritualmente, por eso el apóstol Juan dice: “*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*” (1 Juan 1:9). Aunque ahora gozamos de la perfecta limpieza de nuestra conciencia y la culpa por el pecado ha sido quitada, siendo que vivimos en un mundo de muertos, algunas suciedades nos pueden alcanzar, de manera que necesitamos constantemente confesar nuestros pecados y ser limpiados, así como Jesús les dijo a los discípulos: “*El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio...*” (Jn. 13:10). No necesitamos más la limpieza inicial, aquella que es obrada en el creyente por el Espíritu Santo quien aplica a nosotros las efectivas consecuencias de la muerte de Cristo, sino la limpieza diaria del polvo que se pega a nuestros pies luego de haber caminado todo un día en medio de muertos espirituales. Por lo tanto, nosotros, los creyentes, gozamos del perdón eterno de nuestros pecados, pero a diario confesamos nuestras ofensas y pedimos perdón, tal como nos enseñó Jesús en el Padre Nuestro “*Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*” (Mt. 6:12). Pero debemos evitar caer en un error común que se está presentando en la iglesia evangélica latinoamericana, en el cual se considera que los creyentes podemos ser “contaminados” por objetos, personas o lugares. En el Antiguo Testamento Dios estableció ciertas leyes que establecían las contaminaciones externas, como el tocar un muerto, así como la limpieza ceremonial de ciertos objetos, pero todo esto lo que buscaba era mostrar la necesidad que el hombre tenía de Cristo, y la alta corrupción del pecado, pero en sí, ningún elemento físico tiene el poder de contaminar espiritualmente, como dijo Cristo: no es lo de afuera, sino lo de dentro del corazón, esto es lo que contamina. En el Nuevo Testamento no tenemos esas leyes ceremoniales porque ahora estamos en la realidad plena de lo que ellas simbolizaban. Los creyentes no andamos temerosos en medio del mundo pensando que alguna persona nos pueda contaminar, o algún objeto o una hechicería. Las concupiscencias que brotan del corazón, esas son las que nos pueden contaminar y de las que debemos tener cuidado y estar vigilantes. No perdamos el tiempo “reprendiendo” a las personas o limpiando objetos

con la sangre de Cristo, lo cual es una ofensa para tan precioso sacrificio, el cual fue hecho para limpiar nuestros corazones y conciencias. Vivamos con la libertad que se deriva de sabernos totalmente purificados y limpiados, sirviendo de manera activa y con corazón sincero al Dios vivo, gocémonos en obedecer sus santas leyes, ya que no tenemos ningún peso de pecado sobre nosotros.